Empieza el alma por recordar á la sacrosanta Madre de Dios los títulos en que fia el despacho favorable á sus ruegos, y así, después de saludarla la dice Reina y Madre de Misericordia y la llama su vida su esperanza y dulzura. Mas para el pobre pecador tal situación es insostenible, y no siendo todo lo digna que debieran, las mismas bocas angélicas para alabar á la que todo un Dios escogió por Madre ¿cómo podrá sostenerse en tal esfera la pobre humana criatura?

Vuelve á saludarla de nuevo, y como quien ya pisa en terreno propio, la pobre alma se extiende al presentar los títulos de nuestra miseria.

~~Los~~ Nos conceptuamos en un destierro, y el nombre de Eva como síntesis de todos nuestros males, le hacemos resonar en los virginales oídos de la que vino á subsanar su yerro en el paraíso. Nuestros suspiros, gemidos y lágrimas en este valle de llanto y aflicciones, son presentados á Maria, y como seguros de que hemos movido sus compasivas entrañas; el corazón se torna expansivo y arrojando fuera el temor y el encogimiento, germina en él la más dulce confianza, y después de aquel «Ea, pues, Señora», pronunciado por quien parece olvidar todo lo que es María, para ver solamente en Ella á la más tierna de las madres, la suplicamos, nada menos, que dirija una mirada de sus purísimos ojos, á las miserias que le hemos manifestado.

Mas esto es poco, pues el alma criada por Dios, no puede estar satisfecha sino con la posesión del mismo Dios, y así llega á lo sumo el término de nuestras aspiraciones, suplicando á Maria por quien